

cosas a la vez—, según la moda más reciente.

Por oposición con lo que sucedió en la región costera, las elites de las zonas interiores del virreinato desarrollaron desde el principio de la reforma un sentimiento de hostilidad, desconfianza y rechazo frente a ella, pues veían en el nuevo papel del ejército una amenaza para sus privilegios y su autonomía tradicional, lo mismo que —a través del mecanismo del “fuero militar”— un principio de alteración de su autoridad política, al trastornar las jerarquías sociales y las formas de dominio estamental. A diferencia de la costa norte, en donde el ejército reformado fue un importante medio de movilidad social, que reforzó pretensiones dudosas de nobleza y permitió la elevación de individuos de los grupos subalternos (a través de los conocidos destacamentos de pardos), en el interior del virreinato no hubo creación de lazos firmes entre la institución militar y las aristocracias criollas, lo que, según nuestro autor, impidió el desarrollo de una “tradición militar elitista”, siendo mirado el ejército, por el contrario, con hostilidad y rencor. Por lo demás, las *relativas* restricciones al ingreso de los criollos en la alta oficialidad obraron como un factor más que permitía ver a los militares como una verdadera fuerza de ocupación. Si a finales de los años 90 encontramos un número importante de criollos en cargos altos de la oficialidad, ello se debe a una especie de evolución natural de quienes habían ingresado en posiciones intermedias en los años 70 y ahora ascendían, y a la dificultad de llenar con españoles los cargos vacantes de la oficialidad.



De acuerdo con el autor, la ausencia de nexos fuertes entre aristocracia local y ejército, y los sentimientos de mutuo rechazo, favorecieron el que nuestro país llegara al siglo XIX “sin una tradición de elitismo militar”, y es uno de los elementos que explican la (afortunada) ausencia de tendencias de “autonomía militar” que ha caracterizado a Colombia, a diferencia de otros países vecinos, incluso el muy vecino Ecuador (cuya reforma militar dependió de los virreyes con asiento en Santafé). Sin embargo, con prudencia Allan Kuethe consigna que ese tipo de relaciones entre ejército y aristocracias criollas “no explica por sí solo el carácter peculiar de lo civil y de lo militar en Colombia”, aunque es “una valiosa ayuda para comprender la escena general” (pág. 387).

Y hace bien el autor en matizar su conclusión. Por lo menos por tres razones. La primera tiene que ver con una ausencia. Su tesis se refiere a la actitud de los círculos de elite frente a la institución militar, pero no indaga —a pesar de una mención ilustrativa— la actitud de las clases subalternas, aunque habría demasiados argumentos para corroborarla. Recordemos el papel de control interno que se dio al ejército, su intervención como garante de la reforma fiscal y su función en el reclutamiento de grupos populares a los cuales se obligaba al trabajo forzado en las obras públicas. De todas maneras, sería apasionante escribir la historia de las actitudes populares frente a lo “militar”, que en cuanto a imágenes parece haber representado una atracción, pero que en cuanto a relaciones reales, vividas, ha tenido mucho de pesadilla.

La segunda tendría que ver con posibles *discontinuidades* introducidas por el siglo XIX y que podrían producir variaciones en el funcionamiento general que Kuethe ha sabido percibir en el siglo XVIII. La hacienda, las diversas formas del caudillismo y las guerras civiles que acompañaron a los fraccionamientos regionales redefinieron las relaciones entre elites y formas primarias de la “institución militar”, lo que permitió el surgimiento de nuevas formas de prestigio y de privilegio para aquellos que podían mostrar títulos militares —desde luego, en posiciones de mando—. No olvidemos que ni el Reyes de la vida real ni el Buendía de la novela dejaron nunca de usar su título de “General”, para mencionar sólo un ejemplo.

La tercera razón tendría que ver con la *forma específica* de las relaciones entre capitalismo y reformas sociales en el siglo XX colombiano, forma que ha determinado la utilización más bien sistemática del ejército como el “actor” que enfrenta al movimiento social y sus reivindicaciones. Demasiados fenómenos, pues, de la sociedad colombiana contemporánea muestran una escena social altamente militarizada y un amplio papel protagónico de la institución militar. Y, sin embargo, todo ello ha transcurrido siempre en un marco formalmente democrático, en donde nunca desaparece por completo la referencia a la *ley*, y, con una sola excepción, bajo la presencia expresa de *fórmulas de derecho*, siendo, por lo demás, esa extraña combinación parte de lo que un agudo comentarista llamó, refiriéndose a la nuestra, “una democracia enigmática”.

Ninguna de estas observaciones, desde luego, resta ningún valor a la tesis general del profesor Kuethe sobre las relaciones entre civiles y militares en Colombia, tesis que, por el contrario, permite abrir un inmenso terreno de investigación para la sociología política y la historia.

RENÁN SILVA
Universidad del Valle

Recomendable

Reclamos y representaciones. Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815

Margarita Garrido

Banco de la República, Santafé de Bogotá, 1993, 414 págs., ilus.

Reclamos y representaciones. Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815, escrito por Margarita Garrido, es un estudio de la sociedad colonial del último tercio del siglo XVIII y del período de la Independencia que se inscribe dentro de la aún nueva corriente de la historia, la historia social y cultural, para abrir novedosas y ricas perspectivas en el campo.

El texto se aparta de los estudios de carácter institucional y económico-polí-

tico que, realizados desde la excluyente óptica de las elites, era costumbre leer, y muestra, con éxito, un análisis desde lo social-cultural y desde lo que se ha denominado la historia vista desde "abajo", desde los sectores subalternos.

Transitando el territorio de la cultura política, la autora hace un análisis detallado del sistema de representaciones de los individuos de ese entonces para revelar las ideas y creencias en torno a la autoridad y su legitimidad, a la comunidad y a sus expectativas para el futuro, a su identidad y la relación con el "otro"

Se evidencian también las costumbres que adoptaban, las tradiciones que asumían, sus temores y frustraciones y las explicaciones que daban sobre las luchas que decidían emprender.

Por ello, tal como lo afirma la autora, la investigación no se proponía analizar las razones de la Independencia, sino estudiar la manera como en ella habían participado los diferentes sectores de la sociedad.

En *Reclamos y representaciones* se demuestra cómo, si bien el contenido de las reformas borbónicas había sido sentido y mirado por los criollos como una nueva forma de imperialismo en la órbita de lo económico-social y político, fue en el espacio de la cultura en el cual tuvo lugar el desencuentro.

Hasta entonces, los criollos se habían representado su sociedad como el producto de un pacto en el cual su identidad y su espacio social derivaban su legitimidad del reconocimiento de sus derechos a cambio de la lealtad que habían venido demostrando a la corona.

En el marco de dichas reformas, la llegada de nuevos saberes con la Ilustración propició cambios de enorme importancia: innovaciones en el lenguaje, nuevas formas de sociabilidad y experiencias diferentes, experiencias relacionadas con otra manera de aproximarse al conocimiento de la naturaleza y de la sociedad, indujeron modificaciones en esa imagen que los criollos tenían de sí mismos, de su sociedad y del papel que en ella desempeñaban.

Así, por ejemplo, aquí —al igual que en la Francia del siglo XVIII— se pusieron de moda y circularon, cambiando su tradicional sentido, palabras tales como libertad, justicia, utilidad y felicidad. Una idea de patria comenzó a germinar: la patria entendida como la asociación para el logro del bien común antes que para los

intereses particulares. Y la administración española comenzó a mirarse como lenta, inepta y corrupta.



Todo ello condujo a un compromiso con la transformación de la realidad americana. Los criollos no podían reconocerse en el orden que implicaban las reformas y sentían, además, ilegitimado el pacto por parte de las autoridades metropolitanas.

Algo similar tuvo lugar entre las gentes del común. Los vecinos poseían una peculiar concepción de su orden social y de su identidad; no obstante, compartían con los criollos algunas imágenes de las representaciones.

Muy diferente fue, en cambio, la experiencia de los indios hispanizados, quienes poseían cierta conciencia de ser el "otro".

Del trabajo merece destacarse también que, contra toda creencia anterior, la investigación muestra cómo la participación de los sectores populares en lo considerado público local fue constante, rica y dinámica a lo largo del período colonial. Y el que, en virtud de la cultura política propia de los criollos, el apoyo popular fuese invocado y considerado de vital importancia para dirimir toda clase de querellas.

Además de lo anterior, un gran logro del libro estriba en que descubre —desde la perspectiva de la cultura— que la Independencia fue un proceso que buscaba mucho más que la autonomía para la gestión económica, social y política de una sociedad. En él, de manera relevante, la Independencia aparece como un proceso cultural que implicó la formulación de una propuesta de identidad.

Identidades, lealtades, pacto, fiesta, pasión, en fin, todo ello hace de *Reclamos y representaciones* un libro de obligada lectura, pues con él la autora coloca los estudios sobre la colonia y la Independencia en la vanguardia del debate actual y logra articularlos a los estudios sobre la república decimonónica y la contemporánea en un encuentro que no es el de la mera sucesión cronológica, tal como había venido sucediendo.

MARGARITA ROSA PACHECO

Otro recomendable

De la sociología a la historia

Jaime Jaramillo Uribe

Ediciones Uniandes, Santafé de Bogotá, 1994, 328 págs., ilus.

Se trata de una serie de 32 escritos del historiador Jaime Jaramillo Uribe, compilados y presentados por el profesor Gonzalo Cataño. El libro recoge materiales, elaborados por Jaramillo, para prólogos de libros, reseñas, como también intervenciones suyas en actos académicos, etc.

¡Enhorabuena! Las universidades más importantes del país: la Nacional, la del Valle, la UIS y la Javeriana cuentan ahora con programas de historia como carrera académica independiente. Licenciados en educación, demás profesionales de las humanidades e incluso ingenieros han tenido la oportunidad de realizar cursos de maestría en historia tanto en Bogotá como en provincia. Hasta ahora, en pregrado o en posgrado, los recursos metodológicos de referencia, por excelencia, son tomados de los ejemplos que ofrece la historiografía extranjera. De Jaramillo Uribe, se conocen y se leen sus trabajos acabados: El pensamiento colombiano en el siglo XIX y Ensayos de historia social, pero quienes ni tuvimos la suerte de ser sus alumnos, ni tampoco formamos parte del círculo de sus amigos, desconocíamos sugerencias, recomendaciones y advertencias suyas expresadas por fuera de sus trabajos clásicos.